

EL MAR GALDOSIANO

Manuel MAESTRO LÓPEZ
Presidente del Círculo Letras del Mar

Los marinos usaban un vocabulario formado por los más peregrinos terminachos, pues es costumbre en la gente de mar de todos los países desfigurar la lengua hasta convertirla en caricatura.

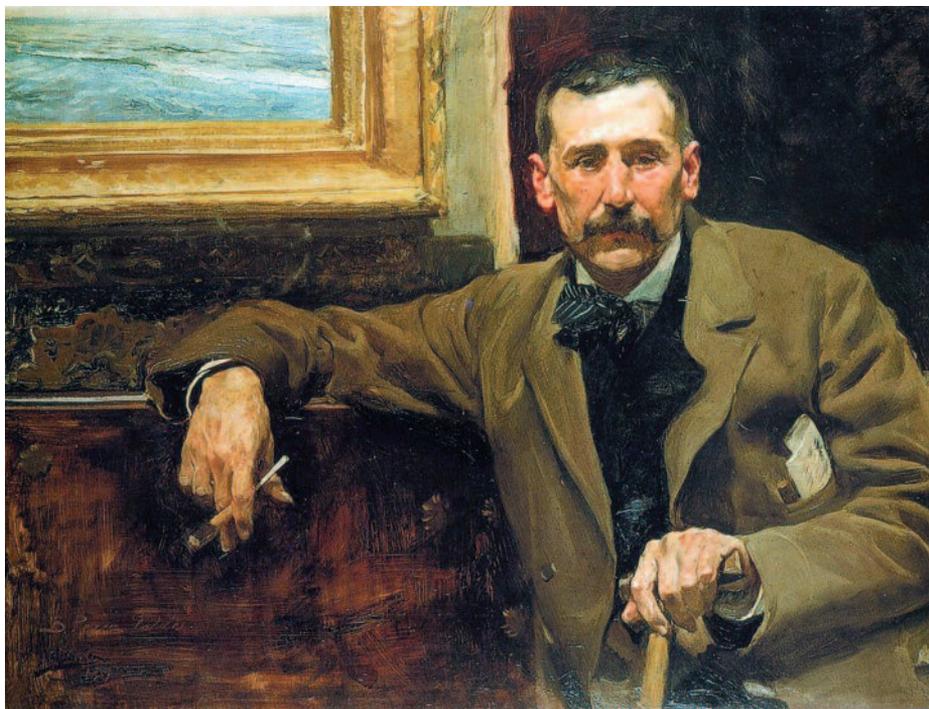
Benito Pérez Galdós



ENITO Pérez Galdós ha vuelto con fuerza a los titulares de la prensa al conmemorarse el centenario de su fallecimiento, acaecido en Madrid el 4 de enero de 1920, lejos de su tierra natal, Las Palmas de Gran Canaria; y las páginas de la REVISTA GENERAL DE MARINA no podían ignorar a quien inició sus antológicos *Episodios Nacionales* partiendo de Trafalgar para llevarnos, mezclando historia con ficción, a través de nuestro convulso siglo XIX, a dar la primera vuelta al mundo a bordo de la fragata *Numancia*, primer buque acorazado que lo consiguió. Bien es verdad que don Benito está más identificado con las calles de Madrid que con las playas canarias, pero a poco que escarbemos en su biografía saltará, tanto en su vida como

en su obra, la añoranza de ese mar que dejó cuando apenas tenía diecinueve años, aunque, con la ironía que le caracterizaba, llegó a afirmar que «Madrid será puerto dentro de poco tiempo».

Cuando nació Galdós, su padre Sebastián Pérez era teniente coronel y, además de capitanear una prole de diez hijos y tratar de dominar el fuerte carácter de su esposa Dolores de Galdós, mandaba la fortaleza de San Francisco de la capital grancanaria, a la vez que para ayudar a la economía familiar compatibilizaba la actividad castrense con la explotación de una goleta pesquera. *Benitín*, como era conocido de pequeño, escuchaba con atención los relatos de su padre sobre la Guerra de la Independencia, en la que había participado, y era asiduo en los juegos infantiles de su barrio mariner de Triana, cercano a la costa. Según fue creciendo empezó a curiosear y a interesarse por el tráfico marítimo del puerto, en el que contemplaba el trasiego de personas y mercancías que viajaban entre Europa y América, como lo haría Cristóbal



Óleo sobre lienzo realizado por Joaquín Sorolla. (Foto: www.wikipedia.org).

Colón, cuya casa estaba próxima a la suya, en el barrio de Vegueta, epicentro desde el que fue surgiendo la ciudad que hoy conocemos. Desde jovencito, el asma le recluyó en el interior de su persona, incentivando la afición a la escritura y a actividades que podía realizar sin el concurso de otros, como el dibujo o las manualidades. Sus visitas al puerto le inspiraban para reproducir escenas marineras, de las que se conserva medio centenar.

Galdós, que tenía una gran memoria, trató de conservar su intimidad —lo que queda probado en su autobiografía, astutamente titulada *Memorias de un desmemoriado*— y permaneció toda su vida soltero, si bien se le conocen sonados romances, como el que tuvo con Emilia Pardo Bazán.

Al margen de su actividad como escritor y autor teatral, entró en política de la mano de Sagasta, que le llevó hasta el Congreso como diputado por Puerto Rico, actividad en la que se distinguió por no pronunciar palabra y no visitar las tierras cuyos intereses representaba. Pese a los sectores conservadores, fue elegido miembro de la Real Academia Española. Llegó a sus últimos días con la mente lúcida, escribiendo casi hasta el momento de su muerte, y con el bolsillo vacío, pues la cicatería de sus editores y la falta de una previ-

sión social adecuada le causaron dificultades económicas. Sin embargo, su entierro fue multitudinario.

Madrid y Santander

Madrid que, como dijo Clarín, se convertiría en su patria de adopción, le despidió en el cementerio de la Almudena. Lo había recibido 56 años antes, en 1862, cuando se matriculó en la Universidad Central para estudiar Derecho. Desde su llegada a aquel «pueblo manchego» de 500.000 almas, más que a la facultad a Benito le gustaba dirigir sus pasos al Ateneo, entonces situado en la calle de la Montera, donde pronto surgió la amistad con intelectuales y políticos de la talla de Marcelino Menéndez y Pelayo, Antonio Cánovas del Castillo, Francisco Silvela o Giner de los Ríos, que le alentó a escribir. Los veladores del Café de Levante o de la Cervecería Inglesa también fueron más frecuentados que los bancos de la vieja facultad de la calle de San Bernardo, en la que tuvo como profesores a personalidades como Fernando de Castro o Francisco de Paula Canalejas. Él mismo se justificaba de la ausencia a las clases: «Entré en la Universidad, donde me distinguí por los frecuentes novillos que hacía». Las lecciones de las que más aprendió se las dieron las calles de la capital, por las que se dedicaba a deambular y a observar la vida de los madrileños, cuyas experiencias fue plasmando sobre las páginas que conformarían sus novelas y obras teatrales. No se libró de correr por la Puerta del Sol delante de los caballos de la Guardia Veterana; y de escuchar, desde el balcón de la casa de huéspedes donde vivía en la calle del Olivo, los cañonazos disparados la noche de la sublevación de los sargentos del Cuartel de San Gil. También, en rincones capitalinos discretos, tuvo sus citas amorosas, como sus encuentros con Emilia Pardo Bazán en la iglesia de Nuestra Señora de las



Exposición «La verdad humana». Biblioteca Nacional de España.



La inauguración del monumento a Galdós, en el periódico *Nuevo Mundo* de 1919.
(Foto: www.retiromania.com).

Maravillas, en donde, permítaseme el atrevimiento, un servidor fue bautizado 22 años después del fallecimiento de don Benito, momento luctuoso que los españoles en general y madrileños en particular conmemoramos este 2020 que, cuando escribo estas líneas, ya ha superado sus primeros meses. El callejero de la capital le recuerda con una calle pequeña, de esas que según Valle Inclán olían mucho a cocido, pero su sencillez está compensada por la estatua instalada en la plaza que lleva su nombre en el parque del Retiro.

Al permitirse sus finanzas, Galdós huía de los tres «meses de infierno» que en los Madriles sucedían a los nueve de invierno, y hasta el final de sus días pasaba los veraneos en Santander, donde compró una casa en los altos de la playa de El Sardinero que bautizó San Quintín, en la que guardaba, como recuerdo de la cofradía canaria de San Telmo, la maqueta de una preciosa nave del siglo XVII. Al igual que lo hizo en Las Palmas, era asiduo visitante de su puerto — muchas veces acompañado por José María de Pereda —, de donde partían hacia los territorios ultramarinos los buques de la Compañía Trasatlántica, en los que en varias ocasiones viajó a distintas capitales extranjeras. En Santander, don Benito volvió a sentir las vivencias marineras infantiles y escribió gran parte de su obra, sirviéndole de inspiración entrevistas como la que mantuvo con Pedro Galán, de la que surgió la figura de Araceli, personaje central del *Trafalgar* de sus *Episodios Nacionales*, y también vieron la luz muchos artículos escritos para periódicos argentinos sobre la emigración a

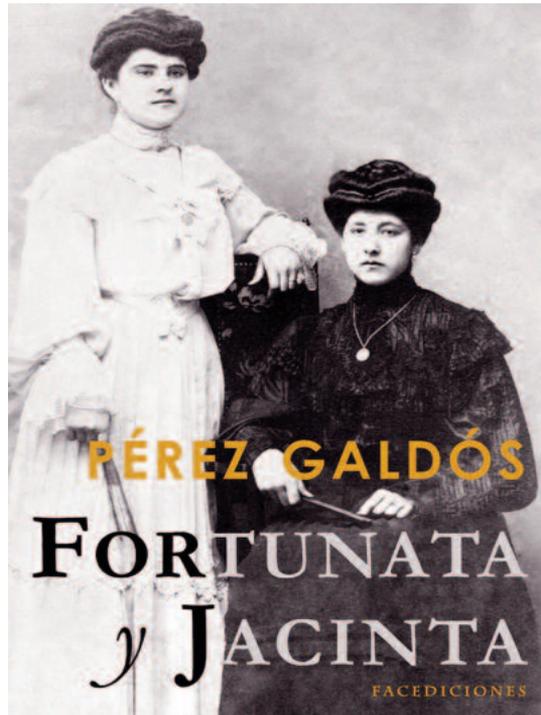
aquel país emergente, o sobre sucesos nacionales, como la explosión del buque *Cabo Machichaco*.

Su obra

A Benito Pérez Galdós se le considera, después de Cervantes, el mejor novelista en lengua española. Su vida marcó su obra, ya que le tocó vivir momentos trascendentes del siglo XIX y de principios del XX, como la caída de la Monarquía isabelina, la Revolución y la República que la siguieron, la Restauración monárquica y la pérdida de las últimas colonias, que en gran parte quedaron plasmados en sus novelas y obras de teatro. Los *Episodios Nacionales* o *Fortunata* y *Jacinta* sirvieron para ayudar al gran público a interpretar la realidad vivida por la nación. El balance final de su obra arroja un saldo de un centenar de novelas, una treintena de obras de teatro y un sinfín de artículos, relatos breves y ensayos. Sobre la novela, género que más y mejor cultivó, dijo en su discurso de ingreso en la Real Academia Española:

«Imagen de la vida es la novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y rodea, y el lenguaje que es la marca de raza, y las viviendas, que son el signo de familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de la balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción». Su vida, como titulaba *ABC* recientemente, «es la historia del Nobel que se perdió por el boicot cainita de sus adversarios políticos».

Los *Episodios Nacionales*, sin duda su obra cumbre, no se separan de lo que manifestó en



Ejemplar de la novela *Fortunata* y *Jacinta*.



Los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós.
(Fotografía facilitada por el autor).

el discurso de ingreso en la RAE pues, según los define Francisco Cánovas Sánchez en su obra *Benito Pérez Galdós. Obra, vida y compromiso*, «son cuadros de historia precedidos de una minuciosa recolección de datos, tal como lo hacen los artistas». Están formados por una serie de relatos en los que se recogen los acontecimientos más importantes del devenir de la vida española entre los años 1805 y 1880, en los que magistralmente don Benito mezcla la

literatura con la historia, sin apartarse del rigor, llevándonos de la mano de personajes cotidianos que se entremezclan con protagonistas históricos y dan continuidad a las diferentes narraciones, como es el caso de Gabriel de Araceli, personaje conductor de la primera serie de los *Episodios*. Araceli está presente en la batalla de Trafalgar como grumete, y posteriormente le sirve a Galdós como hilo conductor de una serie de tramas en una España inmersa en la Guerra de la Independencia.

Los *Episodios* están compuestos por 46 relatos: la primera serie, escrita entre 1873 y 1875, trata de la guerra contra los franceses; la segunda, 1875-1879, narra las luchas entre absolutistas y liberales hasta la muerte de Fernando VII; pasados veinte años, Galdós, que se había visto envuelto en un pleito con su editor, retomó los *Episodios* con una serie dedicada a la Primera Guerra Carlista; y en la cuarta serie, creada entre 1902 y 1907, trató la Revolución de 1848 y la caída de Isabel II. La última, que quedó incompleta y fue escrita entre 1907 y 1912, finaliza con la Restauración de Alfonso XII.

Pérez Galdós en 1914 tenía *in mente* cuatro nuevos episodios —*Sagasta*, *Alfonso XII*, *Las colonias perdidas* y *La Reina Regente*—, pero su estado de salud le impidió trasladarlos al papel. El conjunto constituye una de las obras más importantes de la literatura española y supuso un reto, inalcanzado hasta nuestros días, en la novela histórica nacional. Clarín la calificó de novela histórica elaborada con elementos realistas.

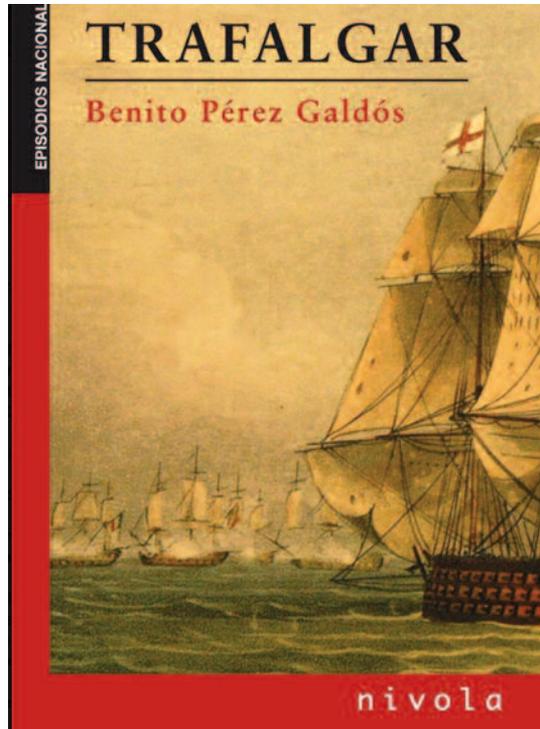
Trafalgar

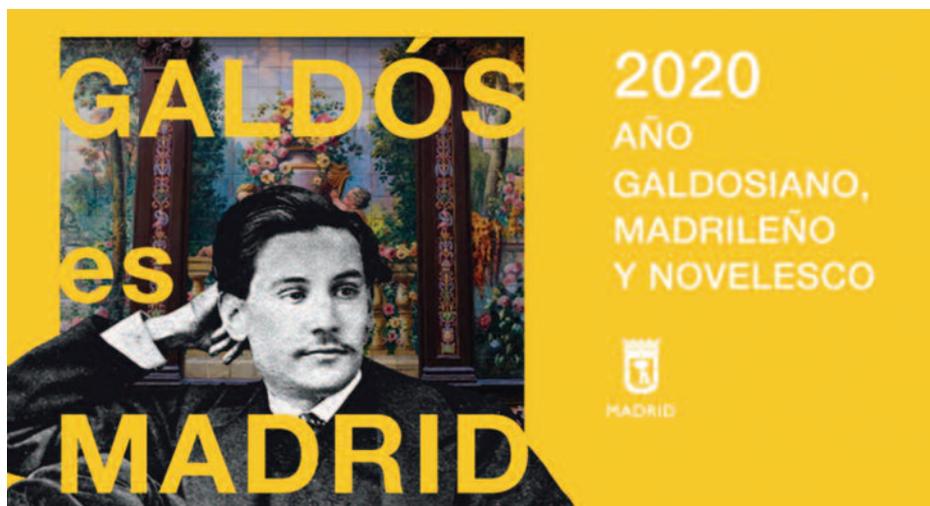
Trafalgar es el primero de los 46 *Episodios Nacionales* que escribió Benito Pérez Galdós. Está ambientado en 1805, pero el grueso de la obra se centra en

el 21 de octubre de ese año, fecha en la que se produjo la célebre batalla. Como recordamos, España se alió con Francia para luchar contra Inglaterra, ya que Napoleón deseaba quitarse de en medio a Gran Bretaña, que era su gran obstáculo para dominar el mundo. Una escuadra española mandada por el teniente general Gravina se puso bajo las órdenes del vicealmirante francés Villeneuve, dirigiéndose hacia el Caribe para despistar a la flota inglesa. El objetivo era alejarles del canal de la Mancha para permitir el desembarco de un gran ejército francés en las islas británicas. Una flota inglesa al mando de Nelson salió tras los franco-españoles sin conseguir su objetivo; pero la detectó a su regreso, librándose un

combate en el cabo Finisterre, tras lo que se refugiaron en Cádiz, donde los españoles discreparon con los franceses respecto a salir para librar combate con los británicos, en espera de vientos favorables; pero finalmente la flota combinada zarpó el 20 del puerto gaditano y al día siguiente tuvo lugar la batalla frente al cabo Trafalgar, produciéndose la desastrosa derrota franco-española y la muerte de Nelson.

Gabriel de Araceli es el personaje galdosiano que nos cuenta en primera persona la historia: un grumete que, según el autor, «nació sin nada y lo tuvo todo... un pilleto de playa que terminó su existencia histórica como caballero valiente oficial del Ejército español». Gabriel era un muchacho del arrabal de La Caleta gaditana, aficionado a todo tipo de pendencias, hasta que don Alonso Gutiérrez de Cisniega, un capitán de navío retirado, y su esposa doña Francisca lo recogen en su casa, dándole la educación que no había recibido en su niñez. El chaval se enamora de la hija del matrimonio, naciendo en su interior el deseo de llegar a ser «alguien» en la vida, por lo que decide embarcarse en la flota congregada en Cádiz para luchar contra los británicos. También don Alonso le sigue los pasos y se embarca en el *Santísima Trinidad*, buque de un tamaño desmesurado, conocido como *El Escorial de los Mares*.





Actos de conmemoración del centenario del nacimiento del escritor Benito Pérez Galdós.
(www.madrid.es).

Galdós sigue embarcando en las naves a otra serie de personajes — como a un oficial de Artillería llamado Rafael Malespina, enamorado de Rosita, hija de don Alonso, o a Marcial, un marinero de genio, conocido por sus varias mutilaciones como «medio hombre» — que conviven con otros reales, mostrándose respetuoso con la historia y haciendo descripciones muy precisas de las cosas materiales, como cuando nos habla del *Santísima Trinidad*:

«El *Santísima Trinidad* era un navío de cuatro puentes. Los mayores del mundo eran de tres. Aquel coloso, construido en La Habana, con las más ricas maderas de Cuba en 1769, contaba treinta y seis años de honrosos servicios. Tenía 220 pies (61 metros) de eslora, es decir, de popa a proa; 58 pies de manga (ancho), y 28 de puntal (altura desde la quilla a la cubierta), dimensiones extraordinarias que entonces no tenía ningún buque del mundo. Sus poderosas cuadernas, que eran un verdadero bosque, sustentaban cuatro pisos. En sus costados, que eran fortísimas murallas de madera, se habían abierto al construirlo 116 troneras: cuando se le reformó, agradándolo en 1796, se le abrieron 130, y artillado de nuevo en 1805, tenía sobre sus costados, cuando yo le vi, 140 bocas de fuego, entre cañones y carronadas. El interior era maravilloso por la distribución de los diversos compartimientos, ya fuesen puentes para la artillería, sollados para la tripulación, pañoles para depósitos de víveres, cámaras para los jefes, cocinas, enfermería y demás servicios. Me quedé absorto recorriendo las galerías y demás escondrijos de aquel Escorial de los mares. Las cámaras situadas a popa eran un pequeño palacio por dentro, y por

fuera una especie de fantástico alcázar; los balconajes, los pabellones de las esquinas de popa, semejantes a las linternas de un castillo ojival, eran como grandes jaulas abiertas al mar, y desde donde la vista podía recorrer las tres cuartas partes del horizonte. Nada más grandioso que la arboladura, aquellos mástiles gigantescos, lanzados hacia el cielo, como un reto a la tempestad. Parecía que el viento no había de tener fuerza para impulsar sus enormes gavias. La vista se mareaba y se perdía contemplando la inmensa madeja que formaban en la arboladura los obenques, estáis, brazas, burdas, amantillos y drizas que servían para sostener y mover el velamen.»

Don Benito se documentaba minuciosamente, acudiendo a los libros y mediante entrevistas con expertos o testigos para trasladar con precisión los hechos ocurridos. En *Trafalgar* nos narra la batalla con una habilidad excelente, que atrapa al lector entre sus páginas y mantiene la emoción desde el principio, como cuando Araceli observa cómo los marineros esparcen arena sobre la cubierta del barco y pregunta el porqué, a lo que un grumete le contesta que para la sangre, lo que iniciado el combate nos explica:

«La sangre corría en abundancia por la cubierta y los puentes, y el movimiento del buque llevaba la arena de aquí para allí, formando fatídicos dibujos. Las balas de cañón, de tan cerca disparadas, mutilaban horriblemente los cuerpos, y era frecuente ver rodar a alguno, arrancada a cercén la cabeza, cuando la violencia del proyectil no arrojaba la víctima al mar, entre cuyas ondas debía perderse casi sin dolor la última noción de la vida. Otras balas rebotaban contra un palo o contra la obra muerta, levantando granizada de astillas que herían como flechas. La fusilería de las cofas y la metralla de las carronadas esparcían otra muerte menos rápida y más dolorosa, y fue raro el que no salió marcado más o menos gravemente por el plomo y el hierro de nuestros enemigos. De tal suerte combatida y sin poder de ningún modo devolver iguales.»

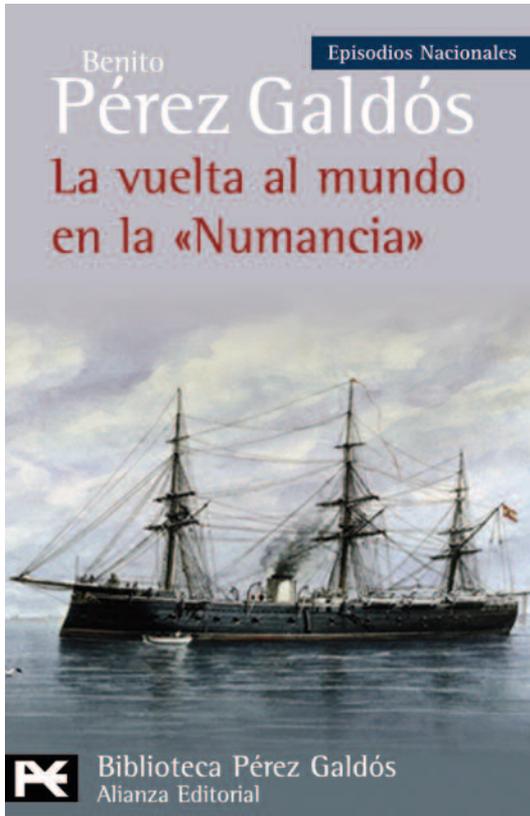
Incluir a Gabriel de Araceli en el corazón de la trama, que sirve de narrador y de hilo conductor de la primera serie de los *Episodios*, puede considerarse un éxito del autor, y su idea sería copiada por pupilos y detractores. Y para indicarnos que otra hazaña seguirá en otra entrega de la primera serie —menos en la referida a *Gerona*—, nada mejor que la aparición de Gabriel al final de la novela, que nos dice: «Mi destino, que ya me había llevado a Trafalgar, llevóme después a otros escenarios gloriosos o menguados, pero todos dignos de memoria. ¿Queréis saber mi vida entera? Pues aguardad un poco, y os diré algo más en otro libro».

La vuelta al mundo de la *Numancia*

En sus *Episodios Nacionales*, Galdós dio un destacado protagonismo a dos de los buques más emblemáticos de nuestra Armada: el navío *Santísima Trinidad*, el mayor buque de guerra construido hasta el siglo XVIII, y la fragata *Numancia*, primer barco acorazado que, ya en el siglo XIX, dio la vuelta al mundo. La Historia de España nos cuenta cómo el 4 de febrero de 1865, al mando del capitán de navío Casto Méndez Núñez, la *Numancia* partía desde el puerto de Cádiz rumbo a Montevideo, desde donde se dirigiría hacia el Pacífico para rendir viaje en El Callao, incorporándose en la escuadra comandada por el almirante José Manuel Pareja, al que Méndez Núñez sustituyó en su cargo. Automáticamente, el segundo comandante de la *Numancia*, Juan Bautista Antequera, tomó el mando de la fragata. Méndez Núñez decidió plan-

tear batalla, bombardeando los principales puertos de Chile y Perú. Finalizados los combates, la escuadra se hizo a la mar y la *Numancia* partió rumbo a Manila, debiendo hacer gran parte de la travesía del Pacífico a vela, pues se le había agotado el carbón. Tras las debidas reparaciones y resolver numerosos casos de escorbuto, partió hacia España en los primeros días de 1867, tomando rumbo hacia el oeste para arribar a Cádiz el 20 de septiembre de 1867, con lo que se convirtió en la primera nave acorazada en dar la vuelta al mundo.

Este hecho histórico, narrado sucintamente, nos lo cuenta Galdós dentro de la cuarta serie de los *Episodios Nacionales*, en la que aborda el período comprendido entre 1846 y 1868, que a él ya le tocó vivir. En esta serie aparcó la épica que impregna las anteriores, dando más importancia a la vida diaria de los principales personajes de ficción: Pepe Fajardo, de ideas liberal-



católicas, y su empleado José Santiuste, más conocido por su apodo de reportero periodístico Confusio, que en el episodio que nos ocupa liga con el marino Diego Ansúrez, al que nada más comenzar el relato le ocurre un hecho sorprendente que marcará toda su vida: paseando un día, se le cae encima una monja que trata de escapar del convento y que acabará siendo su esposa. Una vez casado dirige sus pasos hacia Cartagena, pues la vida del mar y los barcos sigue tirándole más que la de tierra; pero antes de llegar fallece su esposa, quedando como feliz saldo del matrimonio una hija que, con el paso del tiempo, se fugaría con un galán criollo que se la lleva a América. Ansúrez ansía volver a ver a su hija, de la que desconoce su paradero, pero decide partir en su búsqueda. Búsqueda que don Benito va desgarrando hasta situarle frente al barco de sus sueños: «Salió una mañana al muelle, y vio fondeada en el puerto la más gallarda, la más poderosa y bella nave de guerra que a su parecer existía en el mundo. Metióse en un bote, y se fue a ver de cerca la mole arrogante; la examinó y admiró por ambos costados y proa a popa, embelesado de tanta maravilla...» decide reengancharse en la Armada como tripulante de la *Numancia*, con la que acabaría dando la vuelta al mundo, tras visitas a bellos rincones, largas travesías sin ver tierra y cruentos combates que Galdós cuenta primorosamente:

«Seguía la *Numancia* su rumbo hacia la boca del temible Estrecho. En aquellos días y noches, Sacristá y Ansúrez no se daban punto de reposo, alternando en el servicio haciéndolo mancomunadamente cuando la complejidad de maniobras en tan difícil navegación lo exigía. El pito del marinero no cesaba de lanzar al aire su estridor agudísimo, rasgando el claro son de las cornetas, que llamaban a galleta y café, a zafarrancho de camas, a baldeo, a instrucción, a ejercicio... Ansiosos de admirar la ciudad de Lima, que en todas las imaginaciones españolas se representaba con formas y colores de un seductor romanticismo, iban a tierra oficiales y guardiamarinas en correctísima y elegante apostura, con pantalón blanco, indumentaria impuesta por los 12 grados de latitud Sur... Chilenos y peruanos hallábanse resguardados por arrecifes, que eran como una valla imposible de salvar desde fuera. Apenas se echaron la vista encima, empezaron unos y otros a cañonearse. La distancia no podía acortarse por las naves españolas. Habían de darse por satisfechos con causar algunas averías a los barcos enemigos y matarles y herirles algunos hombres...»

Y así nos va llevando el novelista-historiador por el episodio que narra el error histórico de unos políticos por meter a España en una guerra sin sentido con sus antiguas posesiones. Alternando la realidad con una ficción realista, el viaje, el asedio y combate contra las naves y baterías del enemigo, la mortífe-

ra travesía del Pacífico y el triunfal regreso a España, el relato tiene un final feliz propio de película: el reencuentro con su hija, su yerno y un nieto cuando llega a Cádiz. Y con un comentario hecho por Ansúrez pone el fin al relato: «Lo que yo he visto y aprendido es que cuando a uno se le pierde el alma, tiene que dar la vuelta al mundo para encontrarla».

La de los tristes destinos

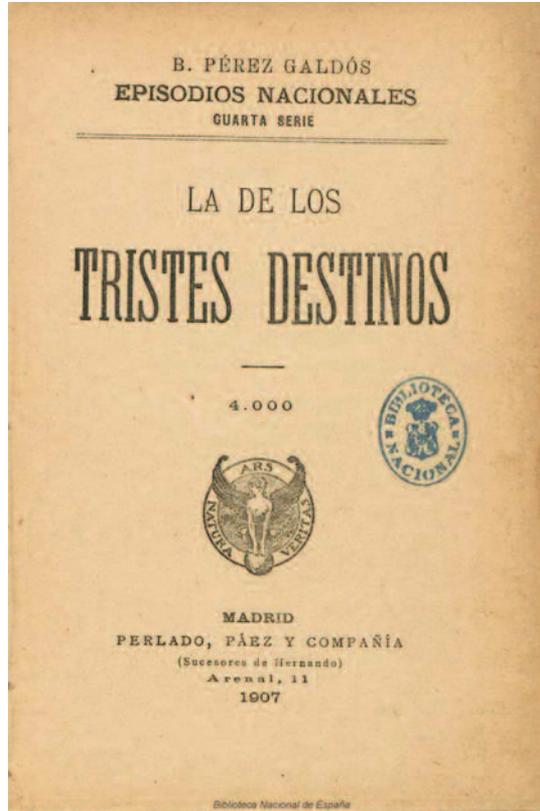
El *Episodio* así titulado trata la revolución antiisabelina, conocida como *La Gloriosa*, que representó el epílogo del reinado de Isabel II cuando, el 19 de septiembre de 1868, estalló en Cádiz al mando del almirante Topete. También conocida como *La Septembrina* fue más bien una insurrección militar —en la que por primera vez la Marina llevó la voz cantante— apoyada por civiles hartos de la situación de España, con una monarca gobernando con rumbo errático. El fruto de la misma fue el destronamiento de la reina y su exilio en Francia y el inicio de un período turbulento conocido como el Sexenio Democrático, el intento de establecer un nuevo régimen en forma de monarquía parlamentaria que acabaría en dos fracasos: el reinado de Amadeo de Saboya y la Primera República.

De todo ello, con su peculiar estilo, mezclando ficción con historia sin merma de rigor, da cuenta Galdós en su *Episodio* titulado *La de los tristes destinos*, en el que narra la dimisión de O'Donnell en 1866, la intentona revolucionaria de Luis de Marcuello al año siguiente, la batalla de Alcolea el 28 de septiembre de 1868 y la salida de Isabel II para el destierro el 30 de septiembre inmediato como capítulos finales. Pero antes, y aquí está la razón de incluirlo en este trabajo sobre «El mar galdosiano», el pronunciamiento revolucionario, el 18 de septiembre en Cádiz, a bordo de la fragata *Zaragoza*, en el que, como hemos indicado anteriormente, la Marina española fue el principal intérprete y sus barcos un magnífico escenario.

El acto central lo recoge don Benito en el capítulo XXIX, en el que el general Prim adquiere dimensión histórica al responder: «¡Viva la soberanía nacional y viva la libertad!», pidiendo disculpas al brigadier que había rubricado sus palabras con el grito de ordenanza: «¡Viva la Reina!», a lo que la marinería contestó: «¡Viva Prim!». Pero veamos cómo nos lo cuenta Galdós:

«Con lenta marcha majestuosa llegó la fragata *Zaragoza* frente a San Felipe. Delante y detrás, formando extensa línea, fueron la *Tetuán* y *Villa de Madrid*, los vapores *Isabel II*, *Vulcano* y *Ferrol* y las goletas *Edetana* y *Concordia*... hallábanse en el puente de la *Zaragoza* don Juan Topete, Malcampo y Prim y toda la oficialidad. Dióse a la marinería la orden de subir

a las vergas, a los cabos de cañón de prepararse para el saludo, y don Juan Topete con voz estentórea lanzó los gritos de ordenanza: “¡Viva la Reina!”. Siete veces fue aclamada doña Isabel por Topete; siete veces contestadas las aclamaciones por la marinería. Bien pudieron notar los oficiales que Prim cambiaba de color a cada grito... Como quien rectifica cortésmente un concepto equivocado, Prim se adelantó con esta vulgar frase: “Dispense usted mi Brigadier”. Y como un león se lanzó al pasamanos del puente. Y echando el alma en su voz vibrante gritó: “¡Viva la Soberanía Nacional! ¡Viva la Libertad!”. Oído por la marinería el grito del General, ya no sonaron más los fríos clamores de ordenanza, sino que estalló un “¡Viva Prim!”. Inmenso, ardoroso, y confundido con el estruendo de la artillería, fue repitiéndose de verga en verga y de barco en barco... La fiera de la Revolución estaba ya suelta; el trono caído y roto...».



(Foto: www.wikipedia.org).



El buque de aprovisionamiento en combate *Patiño* proa al ocaso. (Foto: Alejandro Esperante Losada).

